

Agosto 24/1871

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

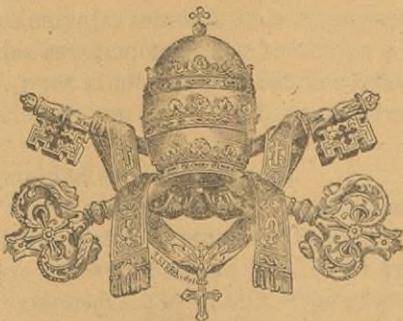
doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE HOJAS

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 26.
1871.

Entregas 5 y 6.

L47
2851

PLIO IX

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

DE LOS VEINTE Y CINCO AÑOS DE SU PROPIA POSICION

DE LA VIDA DE SU PROPIA POSICION

D. EDUARDO VASIA VILARASA

D. ENRIQUE GARCIA CERDA

LIBRERIA Y LIBRERIA BENIGNO J. GONZALEZ
CALLE DE LA PLAZA DE SAN FRANCISCO, 10

«Mientras la revolucion francesa avanzaba en la senda de la destruccion que se trazara, la política de sus adversarios no supo revestirse del carácter conservador que le convenia. ¡Y no hay para qué sorprenderse de ello! El blanco principal de los ataques del espíritu revolucionario era el Cristianismo; la institucion que se proponia arruinar con preferencia era la Iglesia, y cabalmente los soberanos de Europa no se sentian inclinados á combatir aquel odio á toda autoridad superior al hombre, puesto que lo participaban, y antes que los pueblos lo experimentaran, ya ellos lo habian abrigado. Voltaire contaba sus primeros discípulos en las cortes y en los tronos europeos, en Viena como en Petersburgo, en Berlin como en Madrid y Nápoles.

«Colocados en la escuela que considera caducada la mas venerable de las antiguas instituciones, aquellos viejos Gobiernos se habian sentido impulsados á despreciar toda tradicion; y ora se hallaran seducidos por el atractivo de las reformas, ora se creyeran al abrigo de los tiros revolucionarios, ello es que aceptaron sin reserva la máxima de que la primera condicion para el progreso de la sociedad humana es romper las tradiciones de lo pasado...»

«Así se explica cómo todo el instinto conservador que armó á la Europa contra la revolucion francesa se redujera al mas vulgar egoismo; al cuidado de la propia y exclusiva seguridad. El verdadero amor al orden y el culto al derecho le eran completamente extraños (1).»

Á la prision del Rey siguieron las horrendas matanzas de los obispos y religiosos verificadas en París á principio de setiembre de 1792, y reproducidas en todos los departamentos de Francia.

La Iglesia perdió en un solo día lo más escogido de sus ministros. El Arzobispo de Arles, que admiraba por su prudencia, celo y talento á la generacion testigo de sus virtudes, mezcló su sangre con la de sus hermanos los Obispos de Beauvais y el de Saintes.

Danton y Marat dirigian aquellas escenas que excedieron á las de las invasiones bárbaras, cuyo espectáculo sembraba en los corazones delicados la idea azarosa de que habia orientado el último día de la civilizacion.

La cristianísima familia del hoy reinante Pontifice no podia ocuparse de otra cosa que de aquellos tristes acontecimientos, y así desde su primera lactancia el augusto niño debió familiarizarse con los gemidos arrancados de las almas creyentes por los salvajes triunfos de la impiedad.

El mugido de las olas revolucionarias se mezclaba con los suspiros nobles de los corazones fieles, pues el mar de las pasiones francesas saltaba los límites históricos de la nacion de san Luis, y amenazaba inundar los países contiguos.

La guerra á la humanidad estaba declarada.

Cuando el Rey de Francia subió al cadalso, regado con la sangre del clero y de la grandeza, Mastai Ferretti contaba ocho meses de edad; y no habia pasado mes alguno sin que sobreviniera á su familia un grande estremecimiento, producido por las catástrofes que unas á otras se sucedian en el mundo.

Al rodar por el suelo la cabeza de Luis XVI arrastró tras de ella la de un millon de sus súbditos.

El cinismo doctrinal llegó á su apogeo en aquel triste período. «Cualquiera se sorprenderá, dijo Saint-Just á los que vacilaban en enviar al suplicio al ino-

(1) El conde de Meaux: *La coalition et le terreur.*

cente Luis XVI, que á fines del siglo XVIII estemos mas atrás que en tiempo de César. El tirano fue inmolado en pleno senado, sin mas formalidad que veinte y dos puñaladas recibidas, y sin otra ley que la libertad de Roma... Es imposible reinar inocentemente. Todo monarca es usurpador y rebelde. Las leyes de Numa no ofrecian fundamento alguno para juzgar á Tarquino; se le juzgó segun el derecho de gentes. Guardaos de juzgar al rey, pues todo ciudadano tiene sobre de él el derecho que Bruto ejerció sobre César.»

Así las nociones del derecho y de la justicia retrocedieron centenares de siglos; la Asamblea francesa se colocó en los tiempos de la decadencia pagana. El busto del regicida Bruto se ostentaba en la testera de la sala de la Convencion el dia de la inicua sentencia.

«Los tigres que estaban al frente del Gobierno, dice el Dr. Belouino, embriagados de sangre y mortandad, sentian aumentarse la sed de víctimas. Todo lo que era noble, grande, santo, sábio, todo lo que era notable en la sociedad, caia bajo el nivel revolucionario. Nobles, ricos, sacerdotes, generales, diputados, pagaron tributo á la muerte violenta; hasta que, por fin, cuando aquellos, cuyo entronizamiento la Francia tuvo la debilidad de permitir, hubieron asesinado á cuantos les rodeaban, empezaron á asesinarse á sí mismos. Los girondinos fueron guillotinado en masa el dia 31 de octubre de 1793. A pesar de ser reputados como á los hombres mas sensatos de la Asamblea, los nuevos elegidos para la guillotina, en víspera de pasar á la eternidad, juzgaron oportuno ofrecer un espectáculo de impiedad. Ellos, en vez de prepararse para la muerte con la meditacion y la plegaria, se reunieron en impúdica orgía. En un banquete espléndido inventaron una especie de curso de ateismo dictado por el espíritu filosófico de la época. El público, ebrio como ellos, aplaudia aquellas blasfemias, cuya elocuencia aumentaba la cercanía del cadalso. Un mes mas tarde les seguian en el suplicio Bailly, antiguo prefecto de París, luego Hebert, Cloots, el famoso diputado del género humano, Pröly, Danton. Todo venia mas ó menos tarde á prestar mortal homenaje al comité de *Salud pública* investido de la dictadura; no sin propiedad fue llamado aquel Gobierno el imperio del *Terror*.»

El *terror* en Francia, la *zozobra* en Europa; hé aqui lo que realmente dominaba en los albores de la niñez del grande hombre que debia combatir desde su edad madura hasta su ancianidad tempestades de diferentes regiones procedentes, pero todas íntimamente relacionadas con la que azotó su noble cuna.

La sociedad cristiana habia fijado su esperanza en la virtud y saber del gran Pontífice que gobernaba la Iglesia de Dios, cuya actitud prudente y fuerte, así admiraba á los diplomáticos, como encendia en los pueblos la llama del entusiasmo.

Su palabra autorizada avivaba las fuerzas extinguidas de la humanidad creyente, alentando á los que sentian desfallecer la esperanza en el triunfo de la santa causa.

La Francia revolucionaria se indignaba cada vez que venia de Roma una ráfaga de celestial luz para esclarecer los espíritus. De ahí que cuando se vió desembarazada del Rey, no pensó sino en acabar con la inmensa autoridad que el Papa continuaba ejerciendo en las conciencias francesas.

Aumentaba la atmósfera de aversion contra el augusto anciano que, de pié en los atrios mismos de la eternidad, desafiaba con heróico valor las olas entumecidas de las injusticias congregadas.

Y cuando la voz paternal de Pio VI se dejó oír casi sola sobre la guillotina del Rey ; cuando vieron los demagogos franceses que la única lágrima que se derramó sobre las cenizas de la ilustre víctima fue llorada por el augusto soberano que en el Vaticano residia, exclamaron á coro : «*Sonó ya la hora de acabar con él.*»

El Pontificado habia perdido ya la soberanía de Aviñon y del Condado , y la indiferencia de la Europa , ó mejor , de la diplomacia europea ante aquellos atentados internacionales , le advertian que al llegar la ocasion el trono de Roma seria impunemente combatido.

Las cancillerías de Europa , sorprendidas por la gravedad de acontecimientos que pensaban evitar por medio de teóricas notas , no cuidaban sino de salvar el individualismo nacional , pues es indudable que tambien las naciones tienen su egoísmo . Ante la revolucion triunfante , los grandes políticos creyeron que no podian hacer nada mas útil y provechoso que la capitulacion moral.

¡ Grave error que inutilizó el poder de la soberanía , y que , descubriendo toda la debilidad de la política anticristiana , preparó aquellas invasiones insolentes que inundaron de sangre la Europa entera !

La tendencia de la revolucion es el cosmopolitismo , y quizá en esta sola cualidad consiste su fuerza.

Los acontecimientos sociales iban siguiendo la fatal pendiente á que los habia arrojado la revolucion de Francia . Los hombres que habian arruinado el altar de Dios , fortalecidos por el auxilio del genio y del poder que la Providencia les habia permitido disfrutar , llegaron á imponerse á una parte considerable de los pueblos . España y Nápoles celebraron tratados de secreta alianza con el Directorio , que aceptando la herencia de la Convencion y la responsabilidad de sus excesos , no ofrecia ni podia ofrecer garantía alguna de moralidad política . El Austria , temerosa de perder dominio si estallara en el terreno práctico la revolucion doctrinal operada en su seno , trataba con mendicante benevolencia á los representantes de la república , y buscaba la solidez de su trono en los que tenían levantadas sus sillas sobre los escombros de un trono no menos ilustre que el suyo .

En aquella situacion Roma fue el blanco de las insidias de la Francia . Algunos agentes , emisarios de la revolucion , empezaron sus trabajos de zapa oculta y de propaganda descocada . Los que se hallaban al frente de aquel indigno apostolado eran el escultor Radel y el arquitecto Chinard , sobre los que puso mano la policia romana como culpables de perturbar el orden público . Accediendo á las reclamaciones del cónsul de Nápoles , los dos presos , que eran á su vez napolitanos , obtuvieron libertad .

Pero la noticia de haber sido presos dos sujetos en Roma excitó los sentimientos «humanitarios» de los gobernantes franceses , que tenían henchidas de presos las cárceles y los buques del Estado , y que habian ya mancillado la historia francesa con la sangre de millares de víctimas .

El Ministro de Negocios extranjeros de Francia escribia una carta insolente á Pio VI , exigiendo en términos inconvenientes la libertad de sujetos *que ya estaban libres* , mientras que en París se permitia echar en una hoguera pública la efigie del Padre Santo , y en Marsella era colgado de una linterna el escudo pontificio .

Este soplo de impiedad reanimaba la llama de las pasiones romanas ; los

perturbadores se reunian en clubs donde reinaba la licencia mas provocadora y la mas indigna sátira contra todo lo mas grande y sagrado.

El pueblo de Roma no podia sufrir aquellos insultos de parte de extranjeros que gozaban tranquilamente los derechos de la hospitalidad.

La indignacion pública estalló; los insultadores fueron acometidos, y heridos Flotte y Basseville, que dirigian los ataques contra el órden en Roma establecido.

Francia obtuvo ya el pretexto que deseaba.

Se exigieron al Papa satisfacciones que en conciencia no pudo dar, pues entre ellas se le proponia «desaprobar, revocar y anular todas las bulas, breves, *monitums*, rescriptos y decretos apostólicos emanados de la Santa Silla, «referentes á la Francia desde 1789,» y que al mismo tiempo «condenase todo «lo que los obispos católicos habian hecho y dicho respecto á la política religiosa de la revolucion.»

La contestacion del Papa fue la que puede suponerse. Ciertas proposiciones dejan de ser embarazosas, cuando llegan á determinado grado de indignidad y de estupidez.

Pio VI pudo ya prever la marcha que seguirian los acontecimientos, desde que en París se señalaba para la armonía una base imposible.

El Papa imploró la intervencion de Carlos IV de España, pero aquel desventurado Monarca tenia ya un pacto de union con la Francia; volvió los ojos á Nápoles, pero Nápoles se hallaba ya aliada con la injusticia.

El dia 28 de octubre de 1796 Bonaparte hacia saber al Papa que «gracias á los sentimientos de moderacion del Directorio, él estaba autorizado á terminar las pependencias con Roma ó por las armas ó por un nuevo convenio; que en el nuevo convenio no se insistiria en la cuestion de la reprobacion de los actos anteriores de la Santa Sede; que él no abrigaba deseos de destruir, sino de conservar el Pontificado.»

El Papa consultó al sagrado Colegio; los cardenales no pudieron creer en la sinceridad de unas palabras que venian denegadas por los hechos.

Los soldados de la república invadieron los Estados pontificios. En Ancona fue derrotado el ejército romano, y Bonaparte victorioso escribió al cardenal Mattei: «Cualesquiera que sean los acontecimientos, podeis asegurar á Su Santidad que podrá permanecer tranquilo en Roma. El Papa, primer ministro de la Religion, puede prometerse la proteccion de su persona y de su Iglesia. Asegurad tambien á los romanos que el ejército francés es su amigo, y que no gozará por su victoria sino en cuanto esta podrá servir para mejorar la situacion del pueblo y librar á la Italia del yugo extranjero. Yo velaré sobre todo para que se evite todo cambio en la religion de nuestros padres.»

Á pesar de tamañas promesas, los cardenales aconsejaron á Su Santidad que saliera de Roma, y se dirigiera al reino de Nápoles. La partida se acordó para el 17 de febrero de 1797. Todas las disposiciones estaban tomadas en el órden religioso, político y civil, cuando en la víspera por la noche se presentó á Su Santidad el Ilmo. P. Fume, superior general de los Camaldulenses, con el encargo de decir á Pio VI, de parte del general Bonaparte, que «*Bonaparte no era Átila, y que, aunque lo fuera, Pio VI debia recordar que era el sucesor de san Leon.*»

Este arranque, del género del que el genio de Napoleon era fecundo, detuvo al Pontífice, el que á propuesta del mismo P. Fume envió cuatro plenipo-

tenciarios á Tolentino, en donde se firmó la paz entre la Francia y los Estados romanos. El Papa perdía por aquel tratado tres legaciones ó provincias de su reino.

Pio VI rendido por los disgustos enfermó gravemente; todo anunciaba su próximo fallecimiento, previendo y alegrándose del cual Bonaparte, escribió á José, su hermano, que estaba de embajador cerca de la Santa Sede, «dos cosas debeis procurar á la muerte del Papa: primera, impedir la entrada del Rey de Nápoles en Roma; segunda, secundar la idea de los que creen que el reinado de los Papas ha concluido.»

En aquellos dias el Austria firmó su tratado de alianza con la república francesa.

Las tropas de Ancona declararon independiente aquel territorio y lo constituyeron en república, empezándose inmediatamente los trabajos que debían apresurar la proclamación de la república romana.

La agitación de la santa ciudad iba creciendo; los tumultos se sucedían, porque el pueblo, adherido de corazón al paternal Gobierno del Pontífice, se resistía á doblegarse bajo la espada de unos hombres cuya autoridad tenía su génesis en la guillotina.

El general francés Duphot, emisario de la república, fue muerto en el momento en que pretendía sobornar un cuerpo de guardia pontificia, y para vengarle, según se alegó, Bonaparte dió orden de ocupar á Roma. Las tropas francesas invadieron aquella capital en febrero de 1798, á las órdenes del general Alejandro Berthier.

El general Cervoni se presentó á Su Santidad para notificarle la conclusión de su soberanía temporal. Cervoni empezó su discurso tal cual se lo había dictado la diplomacia francesa; pero el Papa lleno de dignidad le dijo: «Prescindid de todo exordio, y decidme á qué venís.» El emisario empezó á declarar al Papa que su autoridad espiritual se conservaría en su integridad y plenitud; iba á entrar en detalles cuando volviéndole á interrumpir el Pontífice le dijo: «Tened entendido que esta autoridad me viene de Dios, y que sería inútil que ningún poder de la tierra pretendiera arrebatármela... proseguid.» El emisario no supo qué decir.

Berthier quedó, pues, de hecho soberano temporal de Roma, y Pio VI fue también de hecho el cautivo del Vaticano.

Los que estas páginas lean se sorprenderán sin duda al ver la desgarradora analogía que existe entre el cuadro que ofreció Roma en aquellos dias y el que presenta Roma en los nuestros, entre la situación de Pio VI y la de Pio IX.

Algo de providencial descubrimos en tamaña semejanza; Dios ostenta en este hecho la plenitud de su misericordia, y al través de las amarguras inmensas que la contemplación de ambas situaciones derrama en los cristianos pechos, brilla la mas consoladora esperanza.

El alma de Pio VI, que herloseaba las generaciones de últimos del siglo pasado, iba á volver á las manos de Dios que la habían hecho grande, cuando Dios hizo otra alma tan grande como la de Pio VI, y la envió al mundo para que las nuevas generaciones no se hallaran privadas de tan invaluable tesoro; por esto podemos decir que las dos almas casi se encontraron en el camino del cielo, la una subiendo, la otra bajando del seno de Dios; la que subía, llevando un capital de méritos, contraidos en el desempeño de su difícilísima misión; la que bajaba, trayendo la inmensidad de un destino salvador.

¡Oh divina esperanza, cómo llenas el corazón católico al contemplar tan cercanos el sepulcro de Pío VI y la cuna de Pío IX! La cercanía de ambos monumentos históricos nos dice con sin par elocuencia que Dios vela para que las desgracias de la cristiandad tengan un soportable límite.

Apenas el egregio niño, hoy Pontífice que empuña las llaves de la Iglesia universal, había salido de su cuna, cuando el mundo aterrado hubo de contemplar el cautiverio del Pontífice entonces reinante.

La presencia del Papa en Roma contrariaba los designios de los revolucionarios, que esperaban la menor oportunidad que se les presentara para ahuyentarlo de la capital.

La prudencia de Pío VI evitaba todos los conflictos, y la virtud de un anciano era el freno de las fogosas pasiones de la enardecida Europa.

No pudieron sufrir mucho tiempo los agentes de la demagogia francesa la augusta sombra del verdadero Padre de los pueblos, y sin mediar siquiera aparentes consideraciones decretaron su cautiverio.

La resolución le fue notificada por Haller, á cuya intima el santo anciano replicó: *«Tengo ochenta años de edad, y dos meses hace sufro una enfermedad tan cruel, que á cada instante temo morir: ¿cómo podré soportar las fatigas de un largo viaje? por otra parte, mi deber es permanecer en mi puesto; criminal sería en mí abandonar las funciones de mi ministerio. Yo debo morir aquí.»*

Á estas palabras, capaces de ablandar el corazón de quien no hubiera perdido el último destello de la noble sensibilidad, contestó Haller con esta frase fría como el hielo: *«Vos podeis morir en cualquiera parte como aquí; basta de pretextos ni reflexiones; si no partís de buen grado, os haremos partir á la fuerza.»*

El Papa ignoraba el punto al que se pretendía trasladarlo.

Tempestuosa era la noche escogida para arrancar del alcázar de sus antecesores á la más noble de las víctimas de aquella revolución inconsiderada. El trueno hacía estremecer el firmamento y la tierra, y el rayo dejaba ver al resplandor siniestro de su luz un miserable carruaje en el que era depositado el mayor tesoro vivo de la cristiandad.

¡Carruaje miserable, hemos dicho! Mas no; no era, no podía ser miserable el carruaje que contenía la personificación de la justicia social y la encarnación de las esperanzas de la cristiandad; mas bien debiéramos haberlo calificado de urna santa que, á pesar de su rusticidad y pobreza, encerraba la gloria de la dignidad y la soberanía de la virtud.

Pío VI fue conducido por el camino de Viterbo á Sena, cuna de la grande heroína del Cristianismo, cuya influencia había sido tan favorable á los destinos de la Silla pontificia. Mientras Roma, advirtiendo la ausencia del pastor, reclamaba con llanto su regreso, Sena transportada de entusiasmo en favor del ilustre cautivo luchaba por hacer llegar á sus oídos el eco de su devoción.

Tres meses esperó el Papa en Sena la orden de emprender de nuevo su peregrinación, cuando el cielo, tal vez para apresurar la hora de dar al gran Pontífice la corona del martirio, que bien merecido había, suscitó un violento temblor de tierra que, rajando las habitaciones pontificias, hizo precisa la traslación del augusto prisionero.

Apenas hubo salido el Pontífice cuando se desplomó precipitadamente el modesto albergue en que se había cobijado.

La divina Providencia dispuso que fuera más evidente el crimen de cier-

tos hombres en la muerte del Pontífice; no quiso se atribuyera á un terremoto la abreviacion de los dias preciosos de aquella vida toda consagrada á la Iglesia católica.

El Ángel protector de Pio VI le salvó de aquella catástrofe; medio siglo despues el entonces niño y hoy gran Pontífice habia de ser prodigiosamente salvado de otro hundimiento: ¡hasta en los pequeños detalles de la historia de ambos Pontífices se observan semejanzas sorprendentes!

Alojado por de pronto en una modesta casa de las afueras de Sena, fue transportado á la Cartuja de las cercanías de Florencia, donde recibió la visita de los duques de Toscana y del rey de Cerdeña con su esposa. Otros soberanos de la tierra, que empezaron ya á alarmarse al ver el desenfreno de los enemigos de toda autoridad moral, le enviaron protestas de cariño y admiracion, que fueron unas cuantas gotas de bálsamo derramadas sobre las heridas abiertas en su corazon por la ingratitude de tantos hijos.

En aquel asilo pacífico, aunque vigilado por una policia intransigente, pudo escribir Pio VI algunas cartas á eclesiásticos y seglares influyentes, entre otras la contestacion á los obispos franceses confinados en Inglaterra, expresion conmovedora de la grandeza de su alma y del celo por la gloria de Dios de que se sentia devorado.

El Gobierno republicano no sabia qué hacer del privilegiado cautivo; en la conviccion de que, donde quiera que fijara su cárcel, se convertiria esta en el alcázar mas augusto, santuario donde todos los corazones se elevarian, ora se proyectaba arrojarlo en alguna poblacion insignificante del Danubio, ora en alguna aldea del Piamonte, ora en alguna isla de España.

En fin, Valencia francesa fue la afortunada ciudad elegida para presenciar el último resplandor de aquellas virtudes, que formaba el mas repugnante contraste con los horrendos crímenes de los que se habian figurado elegidos para redimir de nuevo al género humano.

Incierta y tortuosa fue la ruta elegida para llevar al Pontífice cautivo. Á fin de evitar el espectáculo no interrumpido de las aclamaciones populares, evitaban los verdugos del Papa aquellas sendas que, en razon de ser mas pobladas, habian de ofrecer mas ruidosos testimonios de cristiana adhesion á la persona y autoridad del Pontífice.

No obstante, conocedores los pueblos del recelo de los verdugos del Papa, corrian anhelosos hácia las desiertas sendas que momentáneamente se henchian de muchedumbre; la vista del Padre Santo les llenaba de un sentimiento de imponente respeto; sus desgracias les conmovian; y ante sus desgracias y autoridad se sentian detenidas por un santo lazo.

Escortado por doscientos soldados el manso sucesor de san Pedro, fue conducido por escarpados montes y estrechísimas veredas de Bolonia á Parma, de Parma al Borgo-Sandonino, del Borgo á Placencia, de Placencia se le hizo dirigir á Milan; aunque ya en camino de la Lombardia, una órden urgente llegó para que regresara á Placencia; de Placencia á Turin.

Las indignidades cometidas por los demagogos con el Papa encendian mas y mas en los corazones católicos la santa llama del amor filial. No hubo jamás cautiverio que superara en gloria al del pontífice Pio VI; jamás vió la historia un contraste mas notable entre las vejaciones de un poder brutal á un pastor manso y las ovaciones cordiales de un pueblo íntimamente compadecido de la augusta víctima.

Perpétuamente será recorrida con respeto la via de Roma á Valencia, al través de la Italia, porque sembrada se halla de notables estaciones, cada una de las que guarda el recuerdo de un inmerecido atropello hecho á la mas alta dignidad de la tierra.

Llegado Pio VI á Valencia, tratado allí como un prisionero, encerrado en un departamento de la ciudadela, creia haber tomado posesion del rincon de la tierra que recibiria su último suspiro. El Directorio de las cosas de Francia intentaba proseguir la tarea odiosa de la persecucion de la gran víctima; por un decreto firmado á los 4 de agosto de 1799 se disponia que el Papa fuese conducido á Dijon, costeándose él mismo el viaje.

Al comunicarse al paciente confesor de la fe tamaña órden, elevó los ojos y los brazos al cielo exclamando: «¡Señor, no se me permite morir en paz!»

El augusto anciano tenia exhaustas sus fuerzas materiales y el ánimo naturalmente abatido ante la perspectiva de las tribulaciones de su esposa la santa Iglesia romana; todo indicaba ser muy cercano el fin de sus dias. La intima del decreto que le condenaba á nuevas fatigas dió á su existencia el último golpe.

Su inteligencia privilegiada no se habia ofuscado ni un solo instante; sereno, tranquilo de alma veia los cielos abiertos como al término de su peregrinacion mortal; las convulsiones de la agonía le remozaron momentáneamente, hasta el punto de pedir se le levantara del lecho para hacer una solemne profesion de fe.

¡Qué hermoso acto aquel en que un Pontífice, blanco de las iras de todos los incrédulos, olvidando los agravios recibidos, pronuncia con el temblor que presagia una inmediata muerte la palabra *perdon!* ¡Qué elocuente *Credo* el salido de los labios de aquel Pontífice que, si no habia derramado la sangre por su Iglesia, habia rociado con el sudor de su frente surcada por los años y por los padecimientos el campo confiado á su moral cultivo!

Entregó su alma, cargada de méritos, al Criador á los 29 dias de agosto de 1799, habiendo regido la Iglesia de Dios veinte y cuatro años, seis meses y catorce dias, alcanzando así el pontificado mas largo desde el de san Pedro, duracion que solo ha sido posteriormente superada por el de Pio IX.

El martirio de Pio VI es notable por la especialidad de su índole. Varias fueron las torturas que dieron fin á la existencia de los Pontífices romanos, sobre todo en el período de las catacumbas; el hierro, el fuego, el hambre habian sido empleados para el sacrificio de los grandes pastores de la Iglesia. El Directorio francés tuvo el privilegio de inventar un nuevo sistema de martirio: la fatiga.

Fatigar á un anciano enfermo, llevarle moribundo por sendas escarpadas, en donde ni siquiera pasar podia un estrecho carro; agitarle arrastrándole en una incómoda silla de manos al través de helados montes; alojarlo en habitaciones pobres, desaliñadas, húmedas; condenarle á una peregrinacion interminable; todos estos atropellos, todo este martirio lento, estaba reservado decretarlo y ejecutarlo á un poder que bñasonaba de humanitario.

Cuando mas tarde pudo cumplirse el deseo del santo Pontífice de que su cuerpo fuese transportado á Roma y depositado á los piés del sepulcro de los santos Apóstoles, la capital de la cristiandad sintió una satisfaccion viva. Las cenizas del mártir reanimaron las fuerzas de los perseguidos católicos.

Ante aquellos venerables restos el Ilmo. Sr. Spina pronunció un elogio

fúnebre, que fue expresion verdadera de los sentimientos del universo católico.

«¿Veis, decía, veis en las manos del Pontífice estos volúmenes, estas cartas, estas respuestas, estos decretos por él promulgados, despues de haber soportado trabajos inconcebibles á todas horas, y escuchado y atendido las consultas de los hombres mas distinguidos, cuyas opiniones él pesaba, aprobaba ó modificaba? Pues bien, en estas cartas, en estos decretos, el mal se halla cortado por su raíz, todas las cuestiones se hallan resueltas distinta, lúcida, noblemente; hábilmente en tales documentos se halla expuesto cuanto desear pueden el corazon y el espíritu; á la luz de los dogmas de la fe se halla en ellos desvanecida toda duda; todos los errores son presentados en toda su fisonomía y en todos sus caractéres. Desnudados quedan los subterfugios y estratagemas de que los adversarios se valen para suspender á las almas sencillas; no hay ambigüedades en estos escritos, no quedan tinieblas despues de haberlos leído; la verdad brilla con todo su esplendor en sus apostólicos trabajos.

«Las leyes de la santa Iglesia, los derechos del Soberano Pontífice son defendidos y afirmados; la bandera es presentada á los fieles de todas las naciones por este robusto brazo que no fueron capaces de debilitar las tempestades por todas las pasiones promovidas.

«¿Quién no ha conocido en los escritos de Pio VI á *la columna parlante de la fe?* ¿Quién no se ha convencido, al seguir la historia de su pontificado, que Pedro *vivia aun y ejercia su ministerio en la persona de Pio VI?*»

Verdaderamente ante el sepulcro de aquel héroe podia exclamarse con cierta exactitud: las torturas que sufrió en vida se han convertido en glorias despues de su muerte.

Si dejaba azotada por la tempestad una parte de la Iglesia por él presidida, en cambio habia dilatado las fronteras del reino de la verdad y de la justicia. Él habia enviado cohortes de misioneros á Constantinopla, á Siam y al Tong-King; habia constituido la silla episcopal de Baltimore, estableciendo la gloriosa jerarquía de los Estados-Unidos, que tantas sillas hoy contiene. La misma Rusia habia abierto las puertas de San Petersburgo á un embajador de Pio VI.

En fin, el Pontífice que acabó con el siglo XVIII era dignísimo antecesor del pontificado de Pio IX, que, niño aun como era, mezclaba ya sus lágrimas y sus gemidos con los que su cristiana familia vertia y lanzaba al contemplar el desgarrador cuadro de la persecucion de la fe y de la virtud.

Lloraba el niño Mastai Ferretti, ignorando que las lágrimas que vertia sobre el sepulcro de un Papa mártir se las devolveria la cristiandad á sus piés, regándoselos un dia el llanto que sus infortunios debian arrancar de todo pecho noblemente animado.

Los hombres sensatos de Europa reconocieron que la muerte de Pio VI dejaba un vacío inmenso en aquella sociedad tan necesitada de un eje para llevar á cabo su restauracion.

Pio VI habia llegado á ser una esperanza hasta para los políticos que no participaban de su fe.

Notables son los párrafos que transcribimos de una comunicacion del obispo de Arras, el Ilmo. Francisco de Couzié, al cardenal Bernis, en 1794:

«Desde mis últimas comunicaciones, decía, fechadas en Alemania, he re-

cibido luego de mi llegada á esta un billete del cardenal Zelada, secretario de Estado de Su Santidad, y respecto de su contenido he hablado extensamente con Mr. Pitt. Sincera y profunda admiracion me manifestó el Ministro por la entereza de la Sede romana, y me ha dicho ingénuamente que, sin que deseara que se hiciera asunto de Religion la vasta liga monárquica que proyecta, cree necesaria la intervencion del Pontífice en las presentes circunstancias. Con su exquisito buen sentido Pitt reconoce las razones que desenvuelve el Padre Santo; mas desearia que la corte de Roma aplicase al universo entero las disposiciones que ha adoptado para evitar una invasion en territorio pontificio... «No pido, ha dicho Pitt, que el Papa en persona se ponga al frente de una cruzada política, ni que la predique como Urbano II; aquellos tiempos han pasado ya, y aunque como anglicano no debo sentirlo, es lícito en las circunstancias actuales pensar de muy distinto modo como hombre, y mas aun como ministro que soy de la Gran Bretaña, encargado de velar por la trastornada Europa. Las coligaciones que proyectamos en nombre del órden social son combatidas y frustradas por intereses particulares; mas de una vez las cortes del continente se han detenido y retrocedido á causa de la diferencia de opinion y de culto que existe, y pienso que habríamos de establecer un lazo comun que nos uniera. *El Papa podría ser el centro deseado.* Italia, España, Austria y parte de la Alemania se levantarían á su voz, y la autoridad pontificia, debilitada momentáneamente en dichas naciones por deplorables causas, podría con facilidad recobrar el influjo perdido, sobre todo si contribuyeran á ello Prusia y Rusia.»

«Á la observacion que consideré oportuno hacerle sobre la avanzada edad del Sumo Pontífice, añade el señor Obispo de Arras, y del juicio que de los acontecimientos forma, contestó Mr. Pitt que comprendía y aprobaba tamaña circunspeccion; que habia sido *yerro imperdonable reducir el Pontificado al aislamiento*; que el Pontificado es *una fuerza que debe tenerse en cuenta en todas épocas*; y que para los Gobiernos debia ser de grave peso la ingratitud practicada.

«Los intereses personales ó los designios políticos nos apartan y dividen, «continuó diciéndome Mr. Pitt, y Roma, que *es la única que puede levantar su voz imparcial*, libre de temor y preocupaciones exteriores, deberia hacerlo y hablar impulsada por sus deberes mas que por sus afectos, de los cuales nadie duda. Una bula del Papa presentada á las Cortes católicas por legados *à latere*, en la que se anunciase la guerra santa, la guerra á la anarquía, produciría inmensos y saludables resultados: armaria á los soberanos y á las naciones, y estableceria una alianza indestructible, única capaz de resistir el salvaje entusiasmo de la demagogia.»

Pocas páginas tan elocuentes contiene la historia contemporánea como la que acaba de leerse, en la que vienen consignados los sentimientos de admiracion á las virtudes de Pio VI y de confianza en la dignidad é influencia social del Pontificado, por un político de la talla de Pitt. ¡Consoladora vindicacion de las calumnias lanzadas en otro tiempo por la Inglaterra contra la Sede Pontificia! ¡Homenaje inapreciable rendido á la verdad por uno de los hombres mas eminentes y despreocupados de aquella época! Cuando tal era el lenguaje de los anglicanos distinguidos, ¿cuál debia ser el de los católicos fervientes?

Pero si en los párrafos leídos brillan los sentimientos de Mr. Pitt sobre el

Pontificado y las esperanzas que en su accion política tenia concebidas, en los que van á leerse se evidencia la prudencia, el tacto, la prevision, el criterio de Pio VI.

El cardenal Bernis, contestando al despacho del Obispo de Arras, le decia entre otras cosas: «La coalicion que ha concebido el Gobierno británico es empresa grandiosa y útil; el Gobierno pontificio considera un deber y un derecho adherirse y cooperar á ella, empero por ahora Su Santidad no desea pasar mas adelante; muchos cargos se han dirigido al Pontificado por su intervencion en las contiendas entre reyes y pueblos, y la Santa Sede no quiere dar pretexto á nuevas é impremeditadas censuras, ó á culpables represalias. No corresponde ya al Papa ordenar ni predicar guerra alguna, por mas justa que sea; solo le resta sufrir sus consecuencias.

«Además entre los Soberanos, y especialmente en sus Consejos, no existe la union ni la homogeneidad necesaria para creer en la eficacia de la intervencion pontificia, y Mr. Pitt, que está en negociaciones con esas mismas incertidumbres régias ó ministeriales, comprende mejor que nadie el sentimiento de dignidad que mueve al Padre Santo.»

La superioridad de la prevision política del Pontífice que inspiró la anterior respuesta es á todas luces patente; las palabras anteriores lo demuestran; el Papa no se ilusionó ante la bella perspectiva de la jefatura moral de los ejércitos coligados, y comprendió que no habia llegado la hora de restablecer, como en la edad media, la accion pontificia sobre los políticos. Cualquiera otro soberano menos maduro, menos reflexivo, al verse á las puertas mismas del cautiverio, hubiera aceptado esta otra puerta que la Inglaterra le ofrecia, y que á simple vista podia conducirle á la supremacia política. El Pontificado, que nunca se deja deslumbrar por los resplandores de la gloria terrena, midió las dificultades, examinó los tiempos, sondeó el espíritu de la época, penetró la intension de los corazones, y dijo: *No me conviene la aventura; el Pontificado no renunció en los pasados tiempos la accion paternal que hoy se le ofrece sin garantías sobre la marcha política de las soberanías; de su mano fue arrebatado el cetro; todas las naciones contribuyeron á arrebatárselo; pues que sean todas las naciones las que se lo devuelvan.*

Y nada mas natural y lógico.

Las contestaciones que acabamos de resumir entre Pitt y el Pontífice, por mediacion del cardenal Bernis y el Obispo de Arras, son un nuevo dato para apreciar aquella situacion.

No pueden ser mas instructivos los hechos que caracterizan la situacion del mundo al nacer Pio IX, y durante su primera niñez. La sociedad habia perdido la clave que sostenia el orden político y moral; todas las instituciones, conmovidas en sus bases, ofrecian el lúgubre cuadro de una ruina universal.

El espíritu de reconstitucion no dejaba sentir en ninguna parte su vivificador soplo.

La Europa no veia sino una cuestion de fuerza en la que era una verdadera cuestion doctrinal.

Los principios de la civilizacion cristiana, negados por el protestantismo, no fueron reconocidos; la protesta continuó en las escuelas y en los templos; las ruinas sociales, consecuencia de aquella protesta, debian permanecer, como en efecto permanecieron.

El Pontificado era el elemento que, sinceramente apoyado por la política,

podia restablecer el órden por medio de la paz. Pero el órden moral, cuyo único fundamento es la virtud y la fe divinas, exigia la abjuracion de las doctrinas que sancionan la rebeldía de las conciencias.

Los soberanos de la tierra siguieron abrigando toda clase de prevenciones contra la soberanía del cielo.

El báculo pontificio, bandera de salvacion, no fue proclamado símbolo de la restauracion; Dios suscitó entonces la espada de Bonaparte.

El escepticismo de los poderosos fue castigado por la mas poderosa de las tiranías.

Los brazos de los reyes que permanecieron cruzados ante el martirio del Papa, heredero de la mansedumbre de Leon, tuvieron que levantarse contra los ejércitos del nuevo Átila.

Pero Átila era el azote de Dios, y la mano de Dios cuando azota humilla de un golpe todas las soberbias.

Tal es la reseña de los hechos que constituyen la parte práctica de aquella situacion.

Preciso es que, remontándonos á la region de los principios de que aquellos eran legítima consecuencia, examinemos la situacion de

LAS DOCTRINAS.

Aunque incidentalmente hayamos hablado de la influencia de los errores filosóficos en los trastornos sociales de aquella época, la importancia del asunto exige párrafo aparte.

Los adversarios de la fe quisieron desde principios del siglo XVIII constituir una escuela, en la que los hombres de opiniones diametralmente opuestas se unieran por un lazo comun. El lazo de union fue el espíritu de aversion á todo dogma revelado. No se resignaron á llamarse incrédulos; tomaron pomposamente el nombre de filósofos.

Semejante título fue una verdadera usurpacion. Hasta entonces no habia existido incompatibilidad alguna entre la fe y la filosofia. Las escuelas religiosas eran tambien academias filosóficas, y la edad media, partiendo de la armonía del dogma y de la ciencia, habia enriquecido los anales del género humano con obras que serán siempre indisputables portentos de la razon.

El Catolicismo tiene su filosofia, y el desarrollo de los sistemas racionales no choca dentro de la Iglesia católica con otros límites que los de la jurisdiccion natural de la inteligencia.

Al siglo XVIII pertenece el privilegio de haber proclamado la rivalidad entre el dogma que enseña lo sobrenatural y la filosofia que investiga lo que traspasa las fronteras de lo que llamamos la naturaleza.

Las impiedades socinianas, las atrevidas negaciones de Hobbes y Espinosa, las objeciones especiosas de Bayle, constituyeron una atmósfera intelectual cargada de pirronismo é incredulidad.

Herbert, conde de Cherburry, habia sistematizado el deismo en Inglaterra: se gloriaba en sus escritos de haber establecido una religion puramente natural sobre las ruinas del dogmatismo revelado. Blount desarrolló las máximas de Herbert en su obra sobre los *Oráculos de la razon*; *El Cristianismo razonable* de Locke despojaba del carácter divino la institucion cristiana, y bajando á JESUCRISTO del altar, le concedia un puesto preeminente en la academia de los grandes sábios de la humanidad, discurriendo sobre el Fundador del

Cristianismo á la luz de un criterio completamente arriano en el fondo; Toland en su libro *El Cristianismo sin misterios*, y Buri en el de *El evangelio neto*, desarrollaron los principios de Locke.

Coward en sus *Reflexiones sobre el alma humana* considera á esta como una invencion ridícula del paganismo, admitida por el dogma cristiano sin razon sólida.

Los errores fundamentales de la escuela se popularizaban por medio de folletos atrevidos, que derramaban sutilmente el veneno en los corazones dóciles de las muchedumbres: *El cordial para los talentos de poco alcance*; *Las columnas en que descansa la supersticion sacerdotal*, y otros por el mismo estilo ridiculizaban la fe, ya no solo en las enseñanzas de la Iglesia católica, sino en la de los restos del dogma conservados por el protestantismo.

El naufragio de las almas llegó á ser tan alarmante, que los mismos pastores anglicanos no se juzgaron dispensados de elevar un grito de alerta á las conciencias, inspirando algunas *defensas de la Religion revelada*. Laudable tarea, pero inútil é ineficaz, desde el momento que obedecia á la inspiracion de unos pastores que se habian rebelado á su vez contra una parte esencial del dogma cristiano.

El desprecio religioso llegó hasta glorificar los alardes de incredulidad; la juventud inglesa, asociada bajo el irónico título de *el fuego infernal*, exhibia todo el irónico rencor que abrigaba contra los mas graves puntos de la teología cristiana.

En vano en el seno de la representacion nacional se elevaron algunas protestas y se pidió un bill de reprobacion; el temor de atentar á la *sagrada libertad de pensamiento* detuvo á los legisladores, y el *fuego del infierno* pasó adelante.

Hemos hablado ya de las doctrinas de Montesquieu, que en sus *Cartas persanas* ó *pérsicas*, y en otros de sus escritos, trastornó las bases de la moral. «Su *Espiritu de las leyes*, dice Mr. Chaulnes, eliminando de los códigos al Evangelio, causó nuestras interminables revoluciones.» El gran filósofo definió de esta manera la justicia: «Es una relacion de conveniencia, dijo, que se encuentra realmente entre dos cosas.» «La ley es, segun el mismo, la *razon humana* que gobierna todos los pueblos.»

Toda la política revolucionaria descansa sobre ambas definiciones.

El materialismo de Montesquieu se compendia en esta máxima cínica: *Nada hay tan aflictivo como los consuelos de la Providencia*.

Su sensualismo viene consignado en esta fórmula estúpida: *Para que un príncipe sea poderoso es indispensable que sus súbditos naden entre placeres*.

Su inmoralidad se ostenta en la siguiente frase: *Los hombres malvados en detall, en conjunto son gente honrada*.

Leidos estos principios, es inútil todo comentario; Montesquieu era un filósofo modelo.

Voltaire no fué mas adelante en el fondo de sus escritos, aunque presentara mas engalanada la literatura de la impiedad.

Los desvaríos filosóficos del siglo XVIII vinieron á resumirse en cuatro obras que bien pueden ser consideradas como los cuatro evangelios de la revolucion.

El diccionario de la filosofia antigua y moderna, por Natgeon, en el que la fe es calificada de estupidez y la soberanía de criminal; libro en el que su au-

tor formula esta frase ya conocida, pero cuya vulgaridad nada quita á la fecundidad de sus resultados: *Yo quisiera que el último de los reyes fuese colgado con las tripas del último sacerdote.*

El origen de todos los cultos, por Dupuis, libro que confundia el Cristianismo con la idolatría, y comparaba los misterios de la redencion con las fábulas paganas, atribuyendo á estas la superioridad.

El diccionario de los ateos, por Marechal y Lalanda, en el que se apologiaba con entusiasmo el vicio.

La guerra de los dioses antiguos y modernos, obra en que Parny ridiculiza las augustas verdades de nuestra fe y la gloria de la santa divinidad que adoramos.

Para terminar esta rápida excursion por la region de las ideas del siglo XVIII es oportuno consignar que la ironía contra la Religion y el escepticismo en lo sobrenatural llegó á anublar la inteligencia de algunas de las señoras que en aquella sociedad descollaban.

Eva recobró en los salones del desventurado siglo que nos ocupa aquel desden de la Divinidad que la perdió en el paraíso, y que debemos confesar que no habia caracterizado desde entonces ni el lenguaje, ni los sentimientos de la mujer. Madama de Deffand personificó el bello sexo *despreocupado* de su tiempo; fue el tipo de las mujeres *emancipadas* del espíritu evangélico, aunque servilmente sometidas á la impura galantería del cínico Voltaire.

Conseguido el divorcio de la mujer y de la fe, el libertinaje tuvo un santuario en el seno del hogar, y las doctrinas piadosas perdieron la influencia de la madre, que tiene de Dios conferida una especie de apostolado doméstico. El culto de los Santos fue sustituido por el culto de los filósofos; la razon fria ocupó el lugar de la vivificante piedad.

En los últimos años del siglo XVIII, que fueron los primeros de la vida de Pro IX, las dudas suscitadas por todas las escuelas tenian cubierta de espesa niebla la region de las inteligencias; la negacion de la verdad, consecuencia de aquellas dudas, produjo los desórdenes sociales que hemos indicado.

CAPÍTULO II.

PATRIA, FAMILIA Y NACIMIENTO DE PIO IX.

EN el litoral del Adriático se encuentra Sinigaglia, una de las hermosas y pequeñas villas de la Italia, que si no es notable por alguno de los renombrados monumentos que inmortalizan varios lugares de aquel país, tan rico en bellas artes, obtendrá justa celebridad por haber sido la cuna de Pio IX.

No es derecho exclusivo de las playas pintorescas crear y engrandecer corazones magnánimos y fecundar imaginaciones privilegiadas; pero indudablemente al arrullo de las olas se han formado gran parte de las notabilidades sociales.

Al través de la aparente monotonía de las aguas congregadas, presenta el mar algo de inmenso é imponente que ayuda á sublimar el espíritu, inspirado de continuo por la agilidad y sutileza de sus incansables oleadas.

En el horizonte ilimitado que el mar ofrece á la observacion atenta encuentra el alma campo vastísimo, fecundo en elementos siempre nuevos para enriquecerse; delicadas armonías con que constituir un himno de eterna admiracion al universo y al Autor de sus embelesantes prodigios.

Pio IX no es el único varon eminente que ha tenido su cuna en las orillas del Adriático; la Iglesia conserva gratos recuerdos de algunos de sus notables príncipes que recibieron las primeras impresiones de su niñez envueltas en la brisa de aquellas aguas en que baña sus marmóreos piés Venecia, la elegante reina de las ciudades.

En las riberas del Adriático está la cuna del cardenal Leandro de la Motte, célebre en el campo de las letras griegas y latinas en su mocedad; honrado en su juventud por varios monarcas de Europa y glorificado por la enérgica y victoriosa controversia sostenida en la dieta de Worms con Lutero y con Erasmo, caudillos de la Reforma. Paulo III le honró con el birrete carde-

nalicio, y la historia eclesiástica conserva su nombre orleado con la memoria de su talento, de su valor y de su fe.

Junto á aquellas aguas vió la primera luz el cardenal Balaffi, que ha legado á la controversia católica trabajos tan sólidos como su tratado de la *Unidad de la especie humana*, el de la *Demostracion* de la verdad de la Iglesia católica por la caridad que ella *ejerce*, y producciones crítico-históricas de la importancia de *La América española bajo el punto de vista religioso*. Las iglesias americanas del Sur le deben la conservacion de la paz y de gran parte de sus intereses.

El Adriático vió asimismo la cuna del cardenal Brancadoro, que ocupa privilegiado lugar entre los apologeticos cristianos, y la del cardenal Bernetti, uno de los diplomáticos mas eminentes del siglo, á cuyo talento y prudencia Pio VII confió las mas delicadas misiones en Viena, Petersburgo y París, durante el difícil período de la reconstitucion del orden social. Secretario de Leon XII y de Gregorio XVI, influyó oportunamente en los graves asuntos que caracterizaron á ambos pontificados. Compañero de destierro de Pio VII y de Pio IX, su nombre ha pasado á la historia lleno de bendiciones.

Cuna fueron aquellas playas del cardenal Decio Azolini, secretario de Estado de los papas Inocencio X y Clemente IX, personaje influyente en los interesantes sucesos de aquel período histórico. Hombre de confianza de Alejandro VII, recibió la mision delicada de dirigir á la célebre hija del gran Gustavo Adolfo, Cristina, la ex-reina de Suecia.

Junto al Adriático nació el cardenal De Angelis, que ha merecido por su saber y valor presidir las santas sesiones del Concilio Vaticano.

Estas y otras muchas notabilidades eclesiásticas vieron la luz en el Adriático litoral, que hoy motivadamente se envanece de haber saludado á su venida al mundo al niño Mastai Ferretti.

La ciudad de Sinigaglia, situada en el antiguo ducado de Urbino, pertenece á una de las legaciones pontificias hoy usurpadas por Víctor Manuel: llámase Sinigaglia de *sene gallica*, que así fue llamada en un principio, pues no cabe duda que es galo el origen de aquella poblacion, compuesta hoy de tres á cuatro mil habitantes. Sinigaglia, y los pueblos de su categoría que en aquellas regiones se hallan situados, disfrutaban de una tranquilidad natural, criminalmente perturbada por los ambiciosos que recorren los mas recónditos puntos de las naciones para arrojar hasta de ellos la paz, este don del cielo sin el que es imposible disfrutar sinceramente de los goces de la tierra.

Los naturales de aquellos tranquilos países viven á la sombra de sus gloriosas tradiciones, venerando su historia personificada en algunas familias que se hicieron célebres ya de antiguo por su no desmentida devocion á las verdaderas grandezas de la patria.

Á fines del siglo XIV la familia Mastai dejó la villa de Crema, en la Lombardia, y vino á establecerse en Sinigaglia, cuyo pueblo no tardó en experimentar la preciosa adquisicion que le habia deparado el cielo, pues la generosidad de sentimientos y la edificacion de costumbres de la familia Mastai fueron cualidades inmediatamente conocidas y experimentadas.

Sinigaglia dispensó á los individuos de la familia Mastai pruebas de alta y reiterada confianza, procurando que en sus manos estuviera el régimen ó gobierno de su pueblo: fueron tantas y tan diversas las ocasiones que algun individuo de aquella familia empuñó la vara del primer magistrado de Sini-

gaglia, que llegó á ser proverbio popular el que : *el gobierno de Sinigaglia estaba vinculado en la casa de Mastai.*

El duque de Parma y de Placencia, príncipe Farnesio, en vista de los continuos y eminentes servicios prestados por los Mastai á la Italia entera, les concedió el título condal; el nombre Ferretti fue unido al de Mastai á consecuencia de un convenio celebrado con el último descendiente de la familia que con aquel nombre se distinguía.

El niño *Juan María* Mastai, hoy Pio IX, nació el día 13 de mayo de 1792. Su padre el conde Jerónimo Mastai Ferretti era gobernador de Sinigaglia, y su tío Andrés Mastai ocupaba la silla episcopal de Pésaro.

Segun de estos ciertos datos se deduce, distinguida es la casa de los Mastai, y por tanto noble la cuna en que se meció nuestro egregio niño.

La fe religiosa y la gloria social salieron al encuentro del niño que el cielo enviaba para que en su corazón tuviera un día santuario de refugio la nobleza de sentimientos ultrajada y la dignidad de los creyentes escarnecida.

Dios preparó al alma de *Juan María* una atmósfera correspondiente á sus tendencias privilegiadas; rodeóle de las circunstancias mas propicias para que el carácter típico de dignidad, de finura, de bondad, de virtud, que el mundo reconoce en él, encontrara abundantes elementos para formarse y desarrollarse.

Las tradiciones de la familia, las circunstancias del tiempo, la índole de las personas que le rodeaban, todo conspiró á imprimir en su fisonomía moral el conjunto de grandezas que le hacen admirable.

Y como si el Señor quisiera que ya desde su entrada en la Iglesia el tierno niño fuese distinguido con especiales muestras de predilección, y sus pasos dejaran marcada en su huella el sello de una piedad comunicada, inspiró á sus padrinos dos nombres para imponerle, que resumen el secreto de su larga y extraordinaria vida.

Juan María fue llamado en la pila bautismal : *Juan*, el discípulo del amor, el alma simpática, el apóstol predilecto de JESUCRISTO, el evangelista de su divinidad, el hombre del corazón virginal y de la imaginación angélica; el genio sagrado que mereció leer á la luz de la sabiduría la frase mas sublime que sobre el principio del Verbo se ha escrito, y que acertó á pintar el cuadro mas imponente sobre el fin del mundo exhibido á la humanidad meditabunda; *Juan*, el discípulo, el genio, el apóstol, el evangelista, el santo que plugo á la Providencia premiar con una longevidad en el Evangelio anunciada. *María*, la Madre de JESUCRISTO, la Reina del mundo que, glorificada bajo todas las formas y dictados por las generaciones cristianas, debía recibir de los labios del niño que con su nombre era llamado el título cuya gloria supera á la gloria de los demás títulos.

Juan y María, los nombres de los dos personajes escogidos por Jesús para representar á la Iglesia en el período mas amargo de la redención. Bajo la égida de ambas invocaciones emprendió el niño Mastai su peregrinación cristiana.

Todo empezó en él á respirar cariño, suavidad, mansedumbre, ternura, pureza; todo hacia prometer que la virtud obtendría en el alma que bajo tan santos auspicios se regeneraba un templo lleno de dignidad y de vida.

La condesa Mastai Ferretti era una de aquellas señoras que no se contentan con haber dado al mundo un nuevo ser: sabía que la misión de la ma-

dre empieza especialmente cuando el hijo aparece en sus brazos; sabia que entonces y sin tardanza el soplo creador del espíritu maternal debe infundirse en el alma que delicado cuerpo cobija, para desde aquellos momentos primeros rodearla de un aire religioso que insensiblemente eleve y en ella dispierte las aspiraciones á lo divino.

Graves fueron las sensaciones recibidas por la Condesa al verse madre de un infante en aquellos dias en que, trastornadas las bases del órden social y librada la sangrienta batalla á la Iglesia, asomaban en lontananza las nubes siniestras que ennegrecen el firmamento actual, que entonces era el horizonte del porvenir.

Al ser vivamente felicitada por una dama á causa del nuevo hijo que el cielo acababa de darle: «Gracias, amiga, le contestó; pero ¡ay! ¿no debemos «fundadamente temer la llegada de aquellos dias en que dirán las madres: «*Bienaventuradas las entrañas que no concibieron?* Andan las cosas por un camino tan dado á vicisitudes, que en verdad anégaseme el gozo que naturalmente siente mi corazon, al pensar las dificultades que este niño habrá de «vencer para salvar la integridad de sentimientos que recibe como el mas precioso legado de nuestra casa.»

¡Sólidas consideraciones, las mas dignas de una madre que comprende las azarosas circunstancias en que coloca al mundo un hijo!

Hay crisis sociales, y una de ellas era el año 1792, en que nació el niño Mastai Ferretti, en que la mujer que medita el ser de nuevo madre no puede menos de pensar y de decir: Señor, verdad es que acabas de aumentar la gente, pero no has hecho crecer la alegría (1).

La reseña de la situacion del mundo en aquellos años justifica nuestros conceptos.

Los ilustres padres de *Juan María* le ofrecieron vivamente bajo la proteccion del cielo, que se complació en derramar con abundancia sobrenaturales bendiciones en su espíritu.

La situacion europea iba agravándose; la santa religion de JESUCRISTO cada dia era con mas furor combatida, y los hombres que, gracias á una tradicion gloriosa, ocupaban los puestos mas visibles de la sociedad, eran blanco de los odios y amenazas de las turbas desenfrenadas.

La zozobra se habia apoderado de la familia Mastai, porque los títulos de nobleza que la distinguian eran otros tantos incitativos al furor popular; por otra parte, el ocupar la silla de Pésaro un hijo de la casa, hacia completamente solidarios los destinos de la casa Mastai y las persecuciones anunciadas á la Iglesia italiana.

El niño *Juan María* se acostumbró á ver en los ojos de la Condesa su madre brillar dos lágrimas, verdaderas perlas arrancadas de la fe, de que su corazon era preciosa mina.

Los tiernos cantos que oyó en su cuna el preclaro infante venian acompañados del llanto de la piedad; arrobadora armonía que ha conseguido sublimar los mas empedernidos espíritus, y que en nuestro caso logró templar de tal manera el alma del niño que lo escuchaba, que ya salió de la cuna familiarizado con el sufrimiento religioso, y preparado para obtener la gloriosa inflexibilidad que ha desconcertado el ímpetu de los mismos huracanes.

Cuando la Italia fue invadida por las huestes de la revolucion, que habia

(1) *Multiplicasti gentem, sed non magnificasti letitiam.*

tenido la osadía de declarar caducada la soberanía de Dios, salió de todos los corazones adictos á la Iglesia un grito de consternacion.

Depositaria de la Cátedra de san Pedro, la Italia católica temia lo que era lógico sucediera, atendidos los principios proclamados y el carácter de las personas dominantes.

Los que habian convertido el trono de san Luis en cadalso eran capaces de convertir en cadalso la silla de san Pedro, ya regada con la sangre de tantos pontífices.

Esta idea, que tan fácilmente podia transformarse en hecho, preocupaba á todos los católicos y les impulsaba á orar.

Transformáronse en templos los hogares, y cada corazon creyente fue un verdadero altar del que se elevaba el incienso de los deseos mas santos.

La persecucion, que por decreto de la Providencia estaba permitido habia de llegar, en efecto llegó; pero la plegaria universal y espontánea de los italianos ¿no acortó su tiempo? ¿no disminuyó su intensidad? ¿no suavizó su crudeza?

Todo indicaba que las ruinas serian inmensas é innumerables las víctimas; todo hacia presumir que el pueblo predilecto de Dios, el pueblo romano, empezaria un cautiverio mas duradero que el de los hijos de Israel en Babilonia. Verdad es que hubo cautiverio, y víctimas, y una victima santísima entre los santos; pero el Oriente no tardó en soplar, y el sol alegró los corazones mas presto de lo que esperaban.

Al nacer el niño Juan María Mastai gobernaba la Iglesia de Dios el Padre santo

Pro VI

Y formaban parte del sagrado colegio apostólico los eminentísimos señores cardenales

Creados por Clemente XIII:

- Cárlas Pezzonilo,—italiano.
- Francisco Joaquin de Pierre de Bernis,—francés.
- Andrés Corsini,—italiano.
- María Antonio Colonna,—romano.
- Cristóbal de Migaizz,—austriaco.
- Vidal Borromeo,—austriaco.
- Francisco Carafa di Trajecto,—napolitano.
- Francisco Jávier de Zelada,—romano.

Creados por Pio VI:

- Francisco María Banditi,—italiano.
- Leonardo Antonelli,—italiano.
- Luis Valentín Gonzaga,—austriaco.
- Juan Archinto,—austriaco.
- Angel María Tunini,—austriaco.
- Guy Calcagnini,—italiano.
- Andrés Gioannetti,—italiano.
- Bernardino Honorati,—italiano.
- Gregorio Salviati,—romano.

Guillermo Pallotta,—italiano.
Jacinto Gerdil,—italiano.
Vicente María Altieri,—romano.
Domingo de La Rochefoucauld,—francés.
Juan Enrique de Frankenberg,—belga.
José Bathyan,—austríaco.
Cárlos José Flipote de Martiniana,—italiano.
Luis René Eduardo de Rohan,—francés.
Alejandro Mattei,—romano.
Francisco Herzun de Harras,—austríaco.
Pablo Francisco Antumori,—romano.
José Capace Zurlo,—napolitano.
Rainiero Tinochetti,—italiano.
Juan Andrés Archetti,—italiano.
José Garampi,—italiano.
Nicolás Colonna di Strigliana,—napolitano.
Francisco Carrara,—siciliano.
Fernando María Spinelli,—napolitano.
José Doria Pamphili,—italiano.
Vicente Banuzzi,—italiano.
Cárlos Bellisomi,—austríaco.
Gregorio Bernabé Chiaramonti (despues Pio VII),—italiano.
Mucio Gallo,—italiano.
Cárlos Sivizzani,—italiano.
Antonio María Doria Pamphili,—italiano.
Romualdo Braschi Onesti,—italiano.
Felipe Carandini,—italiano.
José Francisco de Mendoza,—portugués.
Antonio de Senmanat y Castilla,—español.
Francisco Antonio de Lorenzana,—español.
Víctor María Baltasar-Gaetan Costa de Arignano,—italiano.
Ignacio Busca,—italiano.
Felipe Campanelli,—italiano.
Luis José de Saval de Montmorency,—francés.
José Francisco di Aversperga,—austríaco.
Esteban Borgia,—italiano.
Tomás Antici,—italiano.
Luis Flangini,—italiano.
Fabricio Rufo,—napolitano.
Juan Bautista Caprara,—italiano.

La iglesia de Sinigaglia era régida por el obispo Bernardino Honorati, que contaba á la sazón sesenta y ocho años de edad; Pio VI le habia concedido el capelo cardenalicio en 1777.

CAPÍTULO III.

RELACIONES DEL NIÑO JUAN MARÍA MASTAI

CON EL SUMO PONTÍFICE PÍO VI.

EXTRAÑO á primera vista parecerá el título que á este capítulo damos. Habiendo nacido el niño *Juan María* en el año 1792, y fallecido en 1799 Pío VI, ¿qué clase de relaciones podia tener con Su Santidad un niño de siete años? Sin embargo, las tuvo, y muy íntimas y muy eficaces.

La Condesa su madre, que por las indicaciones que llevamos hechas puede conocerse que era una de las mujeres mas piadosas, puso en relacion continua á su buen hijo con el Padre Santo; elevó el tierno corazón de *Juan María*, le hizo comprender las desgracias que sufría el representante de JESUCRISTO, las persecuciones de que era blanco; su inocencia y el negro crimen y horrendo pecado que sus perseguidores cometian; describíale los repugnantes episodios de la terrible tragedia que se representaba en el seno de la sociedad cristiana, y así iba suscitando en el alma exquisita de su hijo el interés respecto á todo lo que se referia á la sagrada persona de Pío VI.

La Condesa convenció al niño de la necesidad imprescindible de orar, porque, le decia, es la oracion un arma que está bien en toda mano, y que todo corazón lleno de fe sabe esgrimir con éxito. «Únete, hijo mio, proseguia la Condesa, únete al Padre Santo por medio de la simpatía mas profunda, y sé soldado de su causa, apoyándole por medio de la oracion. Mira que los niños pueden mucho delante de Dios, si son buenos; prométeme que ni un solo dia pasará sin que gratuitamente ruegues conmigo por el Papa; ¿no es verdad que me prometes hacerlo así, hijo mio?»

«¡Oh sí, madre, contestaba el hijo, yo os lo prometo!»

Todas las mañanas *Juan María* se postraba al lado de su madre ante una devota imágen para ofrecer á Dios las potencias de su alma y los sentidos de

su cuerpo, agregando á las oraciones matutinas un *Pater* y un *Ave* para obtener el triunfo de la Iglesia y la tranquilidad de su Cabeza visible.

Que la oracion de aquel niño habia de tener influencia poderosa en el trono del Altísimo está fuera de duda; al cielo, que tenia señalados destinos tan extraordinarios á aquella tierna criatura, no podian serle indiferentes las primicias de su palabra; de aquella palabra que tanta gloria habia de dar á JESUCRISTO afirmando su divinidad, á María sancionando la fe en su inmaculada pureza, á la Iglesia defendiendo á costa de sacrificios inmensos sus mas caras prerogativas, y extendiendo las fronteras de su imperio enviando misioneros y obispos á puntos que de ellos carecian.

Si medir debemos la influencia de la oracion del infante por la predileccion demostrada posteriormente al Pontífice, no es arriesgado creer que, mas que la de otros justos, la plegaria de aquel niño acortó la duracion y amenegó la intensidad de los dias de prueba.

Amaneció el dia terrible cuya aurora temian los católicos del universo. El profano brazo de la política descreida y maquiavélica cayó sobre el Pontífice; llegó la abominacion de la desolacion. Supo el mundo que el indefenso soberano de Roma, el venerable Rey de las conciencias, era arrastrado al cautiverio.

La condesa de Mastai, noticiosa del grave acontecimiento, se dirige á su hijo, le abraza, le aprieta contra su corazon, y ¡oh, hijo mio, le dice, hoy sí que debes orar con especial fervor por nuestro venerable Pontífice! Has de saber que ha sido arrebatado por la fuerza material de la ciudad de Roma, que llora huérfana, como tú llorarías si me arrebataran á mí de nuestra casa.

Juan María prorumpió entonces en amargo llanto; un doble sentimiento de compasion le embargó en aquellos instantes: *Roma huérfana, el Pontífice prisionero*: ambas palabras, que el niño Mastai comprendia en todo su significado, avivaban su dolor.

Puede decirse que aquel dia, en aquel instante nació en su corazon la íntima, viva, siempre creciente simpatía, que le ha merecido la augusta ciudad, de la que debia ser un dia la mas radiante gloria.

En aquel dia Roma recibió el primer suspiro del alma de *Juan María Mastai*; la primera de toda la prolongada série de expresiones de amor, de cariño, de entusiasmo que la ciudad de los santos Apóstoles ha recibido y seguirá recibiendo de sus augustos labios.

Para el augusto niño era inconcebible que existieran hombres capaces de insultar y oprimir á su buen padre. Y puesto que ya despuntaba en él el talento preclaro que el Señor le concedió, supo formular sencillamente un argumento:

«Decidme, madre mia, ¿es posible que Dios permita que el Papa, su representante, sea ultrajado, tan santo y bueno como es...?»

«Hijo mio, contestó la Condesa, precisamente porque es bueno y santo y representante de JESUCRISTO, Dios permite estas cosas. ¿No recuerdas la historia de JESUCRISTO que varias veces te he contado?»

«¡ Oh, sí, madre mia!

«Pues bien, recuerda que Jesús siendo la bondad misma tuvo enemigos; un dia sus enemigos, arrojándose sobre él, le insultaron, le crucificaron, le dieron muerte. Y desde entonces el Calvario es el camino de los perfectos.

Muchos papas han seguido al divino Maestro en el camino de la cruz; hoy es Pio VI el que anda por la calle de Amargura.

«¡Oh, pobre Padre Santo! exclamó *Juan María*; yo quisiera poder liberarle; pero, ya que los que le persiguen son tan malos, rogaré á Dios que les castigue.

«No, hijo mio, replicó la Condesa, jamás esto has de hacer; para nadie has de pedir castigo; recuerda que JESÚS crucificado pidió perdon al Padre eterno para sus verdugos; pídele á Dios que los convierta y los salve.»

En este diálogo, que contiene tan fecundas como concisas enseñanzas, la Condesa preparó el corazon de su hijo para recibir el espíritu de misericordia, de perdon, de olvido, que han caracterizado todos los actos de la vida de Pio IX.

Tales fueron las relaciones del niño *Juan María* con el papa Pio VI.

Relaciones secretas, ocultas á la observacion de los hombres, pero evidentes y agradables á los ojos de Dios.

Si el santo anciano hubiera presumido que oraba por él en la tierra misma un ángel tan poderoso, sintiera mas aliviado sin duda el insoportable peso de su cruz; pero algo debia presumir, porque la sobrenatural resignacion, la admirable serenidad conservada en medio de los mas crueles atropellos, necesariamente habian de apoyarse en angélicos auxilios.

La familia Mastai Ferretti debia participar de la gloria de aquella persecucion.

El Obispo de Pésaro, que hemos dicho ya era tio carnal del hoy Pontífice romano, á causa de su fidelidad á los principios é intereses de la santa Iglesia, fue desterrado de su silla y encerrado en la ciudadela de Mantua.

La firmeza de un personaje tan allegado al augusto niño, su constancia, su teson, su dignidad, no podian menos de influir en el observador ánimo del ilustre sobrino.

Acostumbrábale la Providencia á estas terribles escenas de las cuales debió tantas veces ser el admirado héroe.

El desprecio de las tentaciones, la imperturbabilidad ante los peligros, la inflexibilidad en el estricto cumplimiento del deber, se le presentaron como virtudes tradicionales en su familia.

La conciencia de la deshonra del hombre que cede ó ante el respeto humano, ó ante la perspectiva de la gloria, de los títulos ó de la riqueza, iba formándose en él, constituyendo y solidando las bases del incomparable valor con que debia arrojar al rostro de la astucia y de la fuerza de los poderes el *non possumus* en que se han estrellado los programas de destruccion.

Un padre íntegro, una madre piadosa, un tio perseguido á causa de su celo pastoral, hé ahí las figuras del cuadro doméstico que la Providencia desplegó ante el niño Mastai Ferretti, para que aquel triple ejemplo de virtud ayudara á santificar su infancia, y preparara el fervor de su edad juvenil.

Otras enseñanzas reservaba Dios al augusto niño en aquel primer período de su existencia.

Al ver decaído y próximo al sepulcro al invicto Pio VI, los hombres irreligiosos jactábanse de haber llegado el fin del Pontificado católico. «Esta vez, exclamaban, con el Papa morirá la institucion; la Silla se hunde con el Pontífice.»

Á decir verdad, nada mas pavoroso á los ojos humanos que la crisis que

atravesaba la Iglesia. La sociedad se hallaba descreída y desmoralizada á un tiempo; la diplomacia habia perdido el último sentimiento de respeto á la justicia, y el carácter tradicional de la Iglesia era motivo suficiente para que se aunaran los esfuerzos de los que habian jurado renovar, ó mejor, sustituir todas las antiguas instituciones sociales.

«Decapitemos la Iglesia,» esto es, impidamos el nombramiento del sucesor de Pio VI; esta era la consigna.

Los que tenian fe en las promesas del Salvador descubrian en este grito la esperanza de ver cumplidas y satisfechas sus aspiraciones, y los verdaderos creyentes se veian forzados á alejar de su alma, como si fuera una tentacion, el temor de que se realizaran los augurios de los impíos.

Sí, la idea sobre la que se trababa en aquellos días la batalla religiosa de las inteligencias era el problema de la permanencia de la Santa Silla.

Pio VI ¿será el último papa? se preguntaban.

La catolicidad contestaba: *no*.

Pero este *no* solo era dictado por la fe; el criterio humano se inclinaba á la afirmativa.

Pio VI murió en el destierro.

¡Tremenda angustia! ¿Tendremos papa? ¿Lo tendremos pronto? ¿Nos será preciso devorar los peligros de un cisma? Tales eran las preguntas que los católicos fervientes se dirigian.

Papa no podia faltar, esto lo dictaba la fe; pero podian sobrevenir conflictos en su eleccion.

Los que además de fe tenian esperanza, abrigaban la certidumbre de que el Señor velaria para que la paz fuera conservada en el interior de la Iglesia, ya que tan combatida era la Iglesia en su exterior.

Penoso fue en verdad el parto del conclave; cerca de cuatro meses tardaron los Padres á ponerse de acuerdo, hasta que al fin el Espíritu Santo solventó todas las dificultades. Los candidatos de las diversas fracciones desaparecieron, un nombre salió de todos los labios; el del cardenal Chiaramonti.

La noticia de su eleccion fue el primer regocijo que sintió completo en la vida el niño *Juan María*.

«Tenemos papa, decian sus padres, la Iglesia no es ya huérfana; la Silla pontificia no ha sucumbido; la impiedad se equivocó.»

La satisfaccion de los padres se reflejaba en el corazon del hijo. «¿No ves, hijo mio, le decia la Condesa, en qué paran los alardes de los incrédulos? Al morir Pio VI, aseguraban, no habrá mas papa; y hé ahí que Pio VI murió, y Pio VII le ha sucedido; ¡gloria sea dada á Dios!»

Si el cielo hubiera permitido al Ángel que velaba para que se cumplieran los providenciales destinos de la casa Mastai levantar una punta del velo que ocultaba el porvenir, aquella madre se hubiera sorprendido al saber que el niño cuya fe estaba alentando tenia reservado continuar un dia la gloriosa série de los Pios.

Ocho años contaba de edad nuestro Pontífice cuando la nueva de la eleccion de Pio VII inundó al mundo de esperanza.

En el período de vida que vamos á relatar, que fue término de su infancia y principio de su juventud, la sociedad tenia su clave en el entonces reinante Papa.

Todo el movimiento político y religioso de aquella época, ó mejor, de aquella faz de nuestra época, convergia é irradiaba de Roma; y el sumo sacerdote, luz, calor, fuerza, ser de la ciudad capital, era como hoy el objetivo y el móvil.

Permitásenos, pues, que consideremos este período de la historia del ilustre *Juan María* relacionado con el Pontífice que se sentó en el primer año de este siglo en el *ara pontificia*, ya que las penas, el martirio de Pío VI habían devuelto al trono del Papa el antiguo carácter de cadalso, transformando en verdadera ara su cátedra gloriosa.

CAPÍTULO IV.

PIO VII.—RELACIONES DEL JÓVEN MASTAI FERRETTI

CON AQUEL PONTÍFICE.

LA Iglesia de Dios necesitaba tener sus llaves depositadas en las manos de un pontífice extraordinario, pues extraordinarias, excepcionales circunstancias eran las del mundo al empezar el siglo XIX. Pocos siglos cuenta la historia que hayan empezado con agitacion social tan profunda y violenta.

Todos los principios constitutivos del orden y de la civilizacion estaban entregados á la discusion universal, que es como decir, reducidos al estado de problemas.

Era necesario sostener muchas afirmaciones antiguas, y afirmar olvidadas ó desconocidas verdades.

Era necesario un hombre de nervio y de doctrina, capaz de sobreponerse con el valor y con la luz á las tinieblas y á los combates.

Bernabè Luis Chiaramonti, nacido, como su antecesor, en Sesano, legacion de Forli, llamado por Dios al claustro benedictino, contaba sesenta y dos años de edad al subir á la silla apostólica. Por sus virtudes y ciencia Pio VI quiso elevarle á la dignidad episcopal; señalóle primero la silla de Tívoli y despues la de Imola, que algunos años mas tarde habia de recibir un nuevo y mas glorioso esplendor ocupándola el venerable Mastai, hoy Pio IX. En 1785 recibió la sagrada púrpura.

El cardenal Chiaramonti era uno de aquellos caracteres que fácilmente dominan las situaciones, formulando sobre ellas apropiado juicio; uno de aquellos hombres de genio que no pueden permanecer alejados del movimiento de las doctrinas y de los hechos. Desde su silla episcopal de Imola dejaba oír su palabra, reconocida ya como expresion de una de las mas notables ilustraciones de la Iglesia. Calificábasele de varon moderado, prudente, re-

flexivo, así como de un prelado decidido é imperturbable. ¡Digno concepto que el Cardenal justificaba con sus actos y con sus enseñanzas!

Cuando la invasion de los Estados pontificios por los franceses, el pueblo, ávido de conocer el camino conveniente y de recibir luz autorizada, para juzgar determinadas doctrinas, el Obispo de Imola pronunció y publicó una homilía que obtuvo ruidosa fama.

Citarémos de ella tres ó cuatro párrafos referentes á los deberes políticos, pues en ellos se revela suficientemente la noble altura en que sabia colocarse para examinar y decidir.

«Los deberes respecto á Dios, decia aquel documento, no son los únicos; hay obligaciones subalternas que á sí propio se refieren. Los principios puros de la razon, la misma organizacion física del hombre, la irresistible tendencia que este siente á procurar su felicidad, le impulsan á buscar su conservacion, su bienestar, su perfeccion.

«Si desnudo de toda preocupacion engañosa fija en sí propio la mirada, descubrirá en sí un rayo de grandeza que le consuela elevándole; pero no se le ocultarán al mismo tiempo algunas sombras de las miserias que le humillan. Las pasiones fueron en la vida del hombre el móvil de grandes acontecimientos, al paso que el tremendo origen de los mas funestos resultados. ¡Hombre! ¡Ah hombre! cuándo aprenderás en la escuela del Redentor los medios de conservar tu grandeza, de adquirir tu libertad verdadera, y de quebrar y arrojar á tus plantas las cadenas que te sujetan! El filósofo de JESUCRISTO ante todo se propone poner en orden sus acciones y sus pasiones; establecer la armonía entre las fuerzas inferiores y superiores; subordinar la carne al espíritu, los placeres á la honradez; dirigir sus facultades al centro y fin señalado por Dios.

«No os alarmeis, hermanos míos, ante esta leccion que á primera vista parece severa y que tiende á quitar al hombre la libertad. No, no; la verdadera idea de la libertad mil veces no la comprendéis. Este nombre, que, bajo el criterio del Catolicismo y de la filosofía, tiene un recto sentido, no puede significar un desenfreno ni una licencia que permite hacer todo lo que venga á capricho, sea malo ó bueno, sea honrado ó vergonzoso.

«Guardémonos de interpretacion tan extraña, pues abate todo el orden divino y humano, desnaturaliza la humanidad, la razon y las demás gloriosas prerogativas que plugo al Criador concedernos.

«La libertad querida de Dios y de los hombres es una facultad que fue dada al hombre, un poder de obrar ó dejar de obrar, empero sometién dose siempre á la ley divina y humana.

«No ejerce racionalmente su facultad de libertad el que, rebelde é impetuoso, se opone á la ley; no ejerce bien la facultad de la libertad el que contradice la voluntad de Dios y la soberanía temporal.»

El ilustre Cardenal, descendiendo á la especial situacion de la Italia invadida, continuaba desarrollando su sólida enseñanza y haciendo declaraciones encaminadas á tranquilizar los ánimos fuertemente agitados por la política.

«La forma de gobierno democrático adoptado entre nosotros, decia el que habia de ser Pio VII, no está en oposicion con las máximas antes expuestas, ni con el Evangelio; al contrario, ella exige virtudes tan sublimes, como que no pueden aprenderse sino en la escuela de JESUCRISTO, y que religiosamente practicadas formarán vuestra felicidad, la gloria y el espíritu de vuestra re-

pública. Sí, que sea la virtud que perfecciona al hombre y le dirige á un excelso objeto, virtud vivificada por las luces naturales y justificada por las enseñanzas evangélicas, el fundamento de nuestra democracia.»

Así el Obispo de Imola manifestaba tener bastante valor de espíritu para elevarse sobre sus afecciones personales, y bastante ilustracion para señalar á las doctrinas políticas que triunfaban entonces el único sistema que podia salvarles, que consiste en la franca adopcion de los principios y preceptos cristianos, sin lo cual es imposible la autoridad y la libertad, cosas ambas apoyadas en la obediencia y en la fe.

Por los párrafos citados se conoce el estilo del que el Señor tenia destinado á sentarse en la cátedra de Pedro; lenguaje suave, elevado, ingénuo, digno á todas luces, que no podia menos de atraer la atencion de cuantos se interesaban en la prosperidad de la Iglesia y de los pueblos.

No es extraño que el conclave, dividido sobre otros candidatos para el trono pontificio, fuese unánime al acordarse del benedictino obispo cardenal de Imola.

Su nombre concilió todas las voluntades.

El día 14 de marzo de 1800 su eleccion fue acordada; Chiaramonti empezó á subir la cuesta violenta del Calvario.

Pio VII dirigió sus primeros esfuerzos á conseguir la restauracion del orden religioso en Francia, celebrando en 1801 el Concordato que ha servido de base en todo el decurso del siglo á las relaciones de la Iglesia y del Estado.

La república, ó mejor, Napoleon, que ya la dominaba, quiso aumentar por sorpresa las prerogativas del poder civil sobre la Iglesia; la promulgacion de las *leyes orgánicas* sustituia en muchos puntos los principios del Concordato, donde con carácter alarmante se establecian los fundamentos de una verdadera secularizacion. El cardenal Caprara protestó con discrecion y energia contra los decretos orgánicos, que en su concepto eran en el fondo *la adulteracion del Concordato*.

La promulgacion del imperio hizo concebir esperanzas de que se allanaria el camino de una cordial reconciliacion. Bonaparte pretendió que el Papa le concediera la gracia de la consagracion solemne. Soñaba sin duda en la grandeza de Carlomagno y de los monarcas, cuya gloria fue acrecentada por la sancion religiosa de su soberanía.

El ánimo de Napoleon no podia darse por satisfecho con el frio del ateismo; halagábale el espectáculo de toda grandeza; y sin duda la grandiosidad de la liturgia católica se ofrecia á su ambicion como una auréola digna del porvenir que se habia trazado.

Inmenso fue el compromiso de Pio VII al encontrarse con la invitacion del Emperador. No era muy *santa*, que digamos, la cuna del imperio que pretendia ser consagrado; y en la historia política del Consulado no siempre el nombre de Napoleon fue inscrito en el catálogo de los derechos del Catolicismo.

Por otra parte, el robusto brazo del primer Cónsul habia detenido la corriente impetuosa de las obscenidades sociales y de las persecuciones religiosas.

Pio VII se inclinó hácia el favor, determinó consagrar á Napoleon I. Su viaje á París dió motivo á una ovacion inmensa; los pueblos y las ciudades bendecian á Dios por permitirles otra vez presenciar la pacificacion de la Iglesia representada en su Pontífice.

Mr. de Fontanes, presidente del Cuerpo legislativo, dirigió á Su Santidad un notable discurso: «Todo ha cambiado, le decia, al contorno de la Santa Silla; solo ella permanece inmutable.»

El presidente del tribunal supremo, Mr. Fabre de Landet, habló al Papa en términos que la cristiandad entera aplaudió sus consideraciones y su lenguaje. Aquel eminente personaje hizo un expresivo elogio del proceder religioso, político y social del Papa; de los progresos que habia alentado en Roma, de la libertad de comercio que habia otorgado, de la proteccion dispensada á la industria, de los sentimientos de beneficencia y amor al pobre que habia manifestado con la elocuencia de los hechos.

«Á pesar de sus pérdidas, concluia el orador, la ciudad de Roma continuará siendo la patria de las bellas artes. Vuestra Santidad ha resuelto explotar á Ostia y el lago Trajano. Todas las obras maestras rescatables son rescatadas por su solicitud. El arco de Séptimo Severo es restaurado, y reaparece la sacra via capitolina. El reinado de Vuestra Santidad es enteramente paternal.»

La ceremonia fue consumada.

Pio VII, á pesar de los temores que muchos abrigaban de que el Emperador no le permitiera regresar á Roma, no vió perdida su libertad. El padre volvió al frente de su familia; empero no por mucho tiempo.

Napoleon tenia un alma diabólica é inquieta; no podia vivir sin tener entre manos la realizacion de algun plan atrevido, y si pudiera ser irrealizable para el que tuviera menos ingenio y menos osadía que él.

Napoleon acariciaba la idea de restaurar el imperio romano. El trono de los Césares era el único que podia saciar la ardiente fiebre de subir y mas subir que le devoraba.

No faltaron pretextos á Napoleon I para emprender la usurpacion del trono romano. Propuso al efecto una alianza absurda, porque se queria que fuese basada sobre hechos que el Papa, atendido su carácter de pastor universal, de ninguna manera podia admitir.

La mas triste correspondencia vino sosteniéndose entre el Papa y el Emperador, entre Consalvi, ministro de Estado pontificio, y Fesch, embajador francés en Roma.

El lenguaje de la corte romana era humilde y digno, noble y dulce; el del Emperador era el que revela la muestra que va á leerse, contestacion á una carta de Su Santidad:

«Beatísimo Padre: He recibido la carta de Vuestra Santidad, fechada el dia 20 de enero. Yo participo de todas sus penas; yo comprendo los embarazos que Su Santidad encuentra; empero puede evitarlos Su Santidad marchando por recto sendero, no metiéndose en el dédalo de la política, y no entregándose á consideraciones atentas con las potencias que, bajo el punto de vista de la Religion, son heréticas, y están fuera de la Iglesia, y bajo el punto de vista político, se hallan situadas tan léjos de sus Estados, que ni pueden protegerle, ni perjudicarle. La Italia entera quedará sometida á mi ley. Yo no tocaré en nada la independencia de la Santa Silla; hasta le daré la correspondiente indemnizacion por los perjuicios que mi ejército le cause. Mas todo á condicion de que Su Santidad me guardará en el orden temporal las mismas atenciones que yo le consagro en el orden espiritual, y que cesará las negociaciones inútiles respecto á los herejes, enemigos de la Iglesia y de las potencias, imposibilitadas de ampararle.»

«Vuestra Santidad es soberano de Roma; empero *yo soy su emperador*, y sus relaciones conmigo deben ser las de sus predecesores con Carlomagno. Mis enemigos deben ser los de Vuestra Santidad. No conviene, pues, que ningun agente del rey de Cerdeña, ni ningun inglés, sueco ó ruso, resida en Roma, ni en ningun punto de vuestros Estados, ni que los barcos de aquellos países aporten en litoral pontificio...»

Pio VII vió en la actitud revelada por esta carta el ánimo decidido del Emperador á pisotear todas las reglas de la equidad y de la justicia; el premio de la extraordinaria abnegacion con que Pio VII habia ido á consagrarle fue la mas pérvida ingratitud.

El colegio de cardenales fue convocado; el Papa hizo distribuir una copia de la carta de Napoleon á cada príncipe de la Iglesia.

El decano de aquella augusta asamblea, que era entonces el cardenal Antonelli, natural de Sinigaglia, se levantó, y con tono enérgico dijo: «Yo aseguro en nombre de mis venerables colegas, que todos sabrémos elevarnos sobre toda consideracion humana y sobre todo interés particular, obrando segun la fidelidad de las promesas y votos formulados al llegar al cardenalato.»

De treinta y dos cardenales reunidos allí, solo tres optaron por la transaccion; los veinte y nueve declararon inadmisibles las proposiciones del imperio.

El Papa contestó á Napoleon negándose á acceder á condiciones que importarian la abdicacion de la dignidad pontificia. Roma debia ser en adelante como antes la ciudad amiga de las naciones y de los hombres de todos los países.

Talleyrand éra el gran consejero religioso del Emperador, y por cierto no abrigaba en favor del Pontífice los sentimientos generosos tan propios de la dignidad sacerdotal de que se hallaba revestido.

Cada dia se indicaba un nuevo conflicto entre las cortes de París y de Roma: la deposicion del Rey de Nápoles y el entronizamiento por Bonaparte de su hermano José excitó una nueva protesta de la Santa Silla, entre cuyos derechos se contaba el de la investidura de todo nuevo monarca napolitano.

Los conflictos preparados estallaron: no se pasaba dia sin que el Pontífice recibiera un insulto á su causa y á su dignidad; ora Napoleon instigaba á un príncipe italiano á que extendiera el régimen del Concordato en su país, sin prévio permiso de Su Santidad; ora se arrebatában del dominio del Papa lugares como Benevento y Pontecorvo; ora las tropas imperiales eran lanzadas sobre puertos importantes como Civitavecchia y Ancona.

El trono del Papa era el juguete de Napoleon; Pio VII era el venerable personaje sobre el que descargaba de continuo su enojo. Napoleon decia al Vicerrey de Roma, entre otras cosas: «¿Creerá por ventura el Papa que los derechos del trono son menos sagrados que los de la tiara? Antes de que hubiese papas habia ya reyes... se quiere publicar todo el daño que he hecho á la Religion, ¡insensatos! ¿ignoran que no hay un rincón de mundo en Alemania, Italia, Polonia, en donde yo no haya hecho mas bien á la Religion que mal del Papa ha recibido?... ¿quieren denunciarme á la cristiandad? ridiculo proyecto que no es de nuestra época; á lo menos hay en ello un error de mil años de data. El Papa que se lanzara á tal empresa dejaria de ser papa á mis ojos; yo le consideraria como el *Antecristo*... Si esto aconteciera, yo estableceria una policia tan rígida, que ya no fuese posible ninguna comunicacion con Roma, ni la circulacion de ciertas piezas misteriosas, ni la celebracion de

ciertas reuniones subterráneas... ¿Qué espera conseguir Pio VII denunciándome á la cristiandad? ¿Poner en interdicto mi trono? ¿Piensa tal vez que las armas caerán entonces de las manos de mis soldados?... El Papa actual *se tomó la molestia* de venir á coronarme en París; yo he reconocido en él un santo prelado; pero pretendia que le cediera las Legaciones. Yo no he querido. El Papa es actualmente demasiado poderoso; los sacerdotes no tienen la mision de gobernar... ¿Es el papa mas que JESUCRISTO? Si se continúa turbando la marcha de mis negocios, quizá no esté léjos el día en que yo no reconoceré en el Papa sino un obispo igual al de mis Estados, y entonces yo seguiré adelante sin papa... los derechos de la tiara se reducen á humillarse y á orar... yo seré siempre Carlomagno para la corte de Roma, jamás me resignaré al papel de Luis el Débonnaire...»

Después de la lectura de los fragmentos leídos se comprenden perfectamente dos cosas: la inmensa amargura del alma de Pio VII y el implacable orgullo del corazón de Bonaparte.

Todo indicaba que el partido se hallaba tomado, que el crimen tenia su programa, y que solo para realizarlo se esperaba la oportunidad.

El Emperador, además de formular tamaños insultos, como los que se han leído, dirigidos á la autoridad pontificia, propuso al Papa, por conducto de Mr. Champagny, la firma de un documento en el que entre otras peregrinas cosas se encerraban estas dos proposiciones:

1.^a *Que la soberanía espiritual de la Iglesia puede ejercerse con utilidad y gloria para la Religión sin la union con la soberanía temporal, donde quiera que la Santa Silla se encuentre.*

2.^a *Que el Concilio general es el solo órgano de la Iglesia infalible, árbitro supremo de todas las controversias religiosas.*

Así Napoleon, después de haber protestado de su íntimo respeto al ejercicio de la autoridad pontificia, venia á proponerle la abdicacion de su magisterio divino y de su principado apostólico.

Los proyectos de tratados se sucedieron continuamente; Napoleon, que afectaba cierto desden por la autoridad é influencia del Papa, daba interiormente suma importancia á las concesiones que arrancarle pretendia: de ahí su insistencia para con los cardenales Caprara, Bayanne y otros; pero llevado de su orgullo y energía militar, Napoleon, al paso que iba proponiendo la paz, invadia provincias que se mantenian fieles á la autoridad del Papa.

Pio VII, lleno de justa indignacion, vilipendiada su autoridad, determinó cortar enérgicamente sus relaciones con el Emperador.

El día 9 de noviembre de 1807 escribió al cardenal de Bayanne: «Los atentados cometidos en Ancona, Macerata, Urbino, Fano y en otras ciudades de aquellas provincias durante la negociacion, nos sorprenden é indignan. Como semejante conducta excita justamente en Nos un resentimiento profundo, y nos indica lo que debemos esperar del Emperador, suspendemos *ipso facto* todos los poderes que os conferimos á Vos y á nuestro Legado, relativos á la negociacion, prohibiéndooos usar en lo mas mínimo de ellos en el caso de que no esté terminada la negociacion; y, si lo fuera, la declaramos nula y de ningun valor, debiendo prepararos á regresar á Roma.»

Posteriormente el Emperador propuso las bases de un convenio en el que, si cabe, mas que en los anteriores, se sacrificaba la autoridad y la dignidad de la Santa Silla, y bien pudiéramos decir hasta su honor.

Basta decir que contenia aquel proyecto dos proposiciones audaces, como las ya anteriormente citadas con referencia á otro proyecto:

«1.^a La Santa Silla, decia una de aquellas proposiciones, se obliga á no formular ninguna protesta contra las libertades de la Iglesia galicana, á no procurarle ningun perjuicio y á no hacer ningun acto público ni secreto que le sea contrario.

«2.^a La Santa Silla se obliga á no hacer ni permitir nada conteniendo algo positivo para turbar las conciencias, ó sembrar la division en los Estados de S. M.»

En aquel proyecto Napoleón proponia la explícita aprobacion por el Papa de todas las usurpaciones verificadas en Europa.

La resistencia de Pio VII fue la señal de la nueva invasion de Roma.

El 2 de febrero de 1808 los batallones imperiales tomaron posesion de la Ciudad santa; el Papa, lleno de confianza en Dios, celebraba con sobrenatural tranquilidad el misterio de la Purificacion, cuando la plaza del Quirinal, en cuya capilla tenia lugar la funcion religiosa, se llenó de cañones apuntados á los balcones del indefenso Pastor.

El Papa opuso una sola arma al carácter invasor; una protesta digna é irrecusable: «La Santidad del papa Pio VII, nuestro señor, no habiendo podido atemperarse á todas las exigencias del Gobierno francés, porque se lo prohibian la voz de su conciencia y lo sagrado de sus deberes, ha creido deber arrostrar las consecuencias desastrosas con que se le ha amenazado, en caso de una negativa, hasta la invasion de la capital en que está su silla. Resignado en la humildad de su corazon ante los impenetrables juicios del cielo, pone su causa en manos de Dios; mas no queriendo faltar á la esencial obligacion de garantizar los derechos de su soberanía, nos ha ordenado protestar, como formalmente protesta en su nombre y en el de sus sucesores, contra toda usurpacion de sus dominios, siendo su voluntad que permanezcan siempre intactos los derechos de la Santa Silla.

«Vicario en la tierra del Dios de paz que nos enseñó por su ejemplo la dulzura y la paciencia, no duda que sus queridos súbditos, que tantas pruebas le han dado de adhesion y obediencia, harán todos los esfuerzos posibles para conservar la tranquilidad pública y privada. Exhórtales y ordénales expresamente Su Santidad que se abstengan de causar daño alguno á nadie, respetando hasta á los individuos de una nacion que tantos testimonios de respeto y de cariño le dió durante su reciente viaje á París.»

Esta protesta fue firmada por el cardenal Casoni, *secretario de Estado*.

La simultaneidad del ejército invasor y del Papa en Roma produjeron cada dia conflictos graves.

La audacia de los agentes del imperio llegó hasta á poner la mano sobre los cardenales mas íntimos de Su Santidad, arrebatándoles de su misma presencia. El cardenal Gabrielli, prosecretario de Estado, fue víctima de uno de los bruscos atentados de aquellos hombres que se complacian, gracias á una miserable adulacion, en agravar mas las tiránicas órdenes del poder.

Pocos dias despues del cautiverio del cardenal Gabrielli, los mismos hombres, á presencia misma de Pio VII, pretendian echar mano al cardenal Pacca.

Entonces Su Santidad, no pudiendo contenerse mas, exclamó: «Id, decid á vuestro general que ya estoy cansado de sufrir tantos insultos y ultrajes de

